

EL PASO DE LAS INFANTAS DE LA CASA DE AUSTRIA POR BARCELONA (1551-1666)*

ALFREDO CHAMORRO ESTEBAN | UNIVERSITAT DE BARCELONA

RESUMEN

En este estudio se pretende analizar el paso por Barcelona de tres mujeres de la Casa de Austria que llegaron a la capital catalana en diversos momentos históricos en época moderna. La primera de ellas es María de Austria, hermana de Felipe II, que pasó por la ciudad junto a su marido, el rey de Bohemia, Maximiliano de Austria en 1551 y regresó a la península en 1582, ya como Emperatriz, tras la muerte de éste. El siguiente caso es el de la infanta María de Hungría, hermana de Felipe IV, que pasó por Barcelona en 1630, cuando se dirigía a Viena para celebrar su matrimonio con el rey de Hungría Fernando. Y, Finalmente, en 1666, llegó a la ciudad Margarita Teresa, hija de Felipe IV, para casarse con el emperador Leopoldo I. En este estudio comparativo, se trabajan especialmente en algunos problemas que surgieron en estos diversos momentos históricos, como son el aposentamiento del séquito real y cuestiones propias del ceremonial. De esta forma, se pretende ver que repercusiones tenían para la ciudad de Barcelona el paso de estas infantas en sus jornadas y ver si esto marcó o no la evolución de las relaciones de la monarquía y la ciudad condal.

PALABRAS CLAVE

Ceremonia, Barcelona; Infanta; Jornada; Casa de Austria; Recibimiento.

ABSTRACT

This study tried to analyze the passage through Barcelona of three women from the Austrian's House, who arrived to the catalan capital at different historical moments of the Modern Age. The first of them is Maria of Austria, Felipe II's sister, who passed through the city with her husband, the Bohemia 's King, Maximilian of Austria in 1551, and came back to the Peninsula in 1582, already as empress, afther the death of him. The following case is that of the Infanta Maria of Hungria, Felipe IV's sister, who passed through Barcelona in

* Arxiu de la Corona d'Aragó (ACA). Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHCB). Biblioteca Nacional de Madrid (BNM). Biblioteca Universitat de Barcelona (BUB)

1630, in her way to Viena to celebrate her marriage with the King of Hungary, Fernando. And finally, in 1666, Margarita Teresa, Felipe IV's daughter, arrived to the city to marry with the Emperor Leopoldo I. This comparative study analyzes specially some problems that arose in these diverse historical moments, like the lodging of the royal retinue and own questions of the ceremonial. In this way, it's tried to see which repercussions had the pass of these Infantas for the city of Barcelona and find out if this marked or not the relation of the monarchy with the count city.

KEYWORDS

Ceremony; Barcelona; Infanta; Journey; Austrian's House; Welcome

INTRODUCCIÓN

La consolidación de Fernando I como titular del Sacro Imperio Romano significó la escisión definitiva de la dinastía Habsburgo en dos ramas: los Habsburgo españoles y los Habsburgo austriacos. A partir de ese momento, ambas familias iniciaron una política matrimonial de intercambio de princesas entre las cortes de Viena y Madrid que derivó en una incipiente endogamia familiar en la que familiares con un alto grado de consanguineidad se enlazaban. Toda esta práctica matrimonial respondía al propósito de mantener los territorios patrimoniales de la dinastía y mantener la cordialidad entre sus dos ramas; aunque, a menudo, esto no se lograba. De esta manera, fueron varios los casos en que, tras establecerse un matrimonio, las infantas de la Casa de Austria emprendieron largos viajes para dirigirse a sus nuevos hogares, ya sea en la península ibérica ya sea en territorio austriaco. El papel de Barcelona en estos viajes era de suma importancia porque era un importante puerto desde el que zarpaban los barcos hacía Génova, para posteriormente llegar a Viena; pero también, acostumbraba a ser la primera ciudad donde desembarcaban los viajeros que tenían como destino la corte del rey católico.

Así, en este estudio se pretende analizar el paso de tres infantas de la Casa de Austria que llegaron a la ciudad en diversos momentos históricos pero por un mismo motivo: Barcelona era punto obligado de paso en sus jornadas. Son tres las infantas que se van a analizar: María de Austria, que pasó en dos ocasiones – 1551 y 1582–, María de Hungría, que lo hizo en 1630 y, finalmente, Margarita Teresa, que llegó a la ciudad en 1666. Con el estudio comparativo de estas visitas se podrá comprobar la repercusión que éstas tuvieron para la capital catalana y ver los problemas organizativos y de ceremonial que pudieron surgir debido a sus llegadas. Además, el análisis de estas visitas es una buena ocasión para ver en qué punto se encontraban las relaciones entre la monarquía y la ciudad condal durante los siglos modernos.

LAS VISITAS DE LA EMPERATRIZ MARÍA EN 1551 Y 1582

A finales de agosto de 1551, Maximiliano, hijo del emperador Fernando I, y su nueva esposa María, hija de Carlos V, se encontraban cerca de Barcelona, ciudad desde donde zarparían para regresar a su país. Sucedió que, justo antes de que llegara la pareja real, parte de la flota de Andrea Doria que esperaba, anclada frente a la ciudad, al resto de la escuadra para llevarles hasta Génova sufrió un ataque francés. Los franceses mataron a muchos marineros y otros tantos saltaron por la borda que, tras llegar nadando a la ciudad, avisaron a los barceloneses de lo ocurrido. El pánico se adueñó de la ciudad pues se temía un asalto francés a la misma. El lugarteniente y virrey, marqués de Aguilar, junto con el hijo de don García de Toledo –virrey de Nápoles– y el príncipe del Piamonte, que en esos momentos se encontraban en la ciudad, organizaron la defensa de la ciudad aunque, finalmente, dicho asalto no se produjo¹. El 29 de ese mismo mes, María entraba en una Barcelona todavía convaleciente por el sobresalto y, tras una breve estancia, zarpó junto a su marido, por lo que no se celebraron grandes festejos ni luminarias.

Escribe María José del Río que la sucesión imperial de Maximiliano de Austria, en 1548, supuso un impulso para la formulación de un sistema ceremonial para la monarquía con el objetivo de defender la primacía española en Europa. Se produjo de esta manera un desafío de representación que se tradujo en una serie de transformaciones ceremoniales de cara al exterior, pero también, hacia el interior². Treinta años más tarde, la, ya emperatriz, María había enviudado y fue reclamada por su hermano Felipe II para encargarse del gobierno de Portugal. El rey anunció por carta la llegada de su hermana para septiembre de 1581:

«en recibiendo deys orden como se haga en essa plaia a la lengua del agua la puente que en semejantes ocasiones se ha acostumbrado para que por ella pueda desembarcar la dicha Serenissima Emperatriz a la qual servireys honrareys regalareys con el maior cumplimento y demostracion de amor que se pudiere y de la misma manera que se haria a nuestra persona real, excepto que no se saque palio ni hagan regozijos ni fiestas algunas»³.

Como se puede comprobar, el rey ordena que no se reciba con palio a su propia hermana. Aunque no sabemos si el Concell de Cent hubiera aceptado recibir a la emperatriz con palio si el rey lo hubiera pedido, lo cierto es que la ciudad no puso ningún impedimento a la petición real en cuanto a este aspecto. Pero, sin embargo, si podían surgir dudas en cuanto a que el huésped era la emperatriz, es decir, la primera dama de la cristiandad católica y, ya en 1533, la ciudad recibió

¹ Comes, Pere Joan, *Llibre d'algunes coses assenyalades*, en AHCB, manuscrito B-37: 198.

² DEL RÍO BARREDO, 2000: 22.

³ *Dietari de l'Antic Consell Barceloní*, vol. V: 282, 25 de agosto de 1581.

bajo palio a la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Pero ¿Qué lectura tiene la orden de Felipe? Sabemos por las cartas enviadas por el rey –desde Portugal– a sus hijas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, la alegría que en él producía la llegada de su hermana a la que no veía desde hacía treinta años y su preocupación por el retraso y falta de información de su viaje⁴ por lo que era una llegada muy deseada y esperada por el rey. Pero la prudencia de Felipe en no ceder ni un ápice de su soberanía a terceros motivó su decisión de que no fuera recibida con palio ya que éste se vinculaba estrechamente con la monarquía, encarnada en la propia persona del rey y su núcleo familiar directo, es decir, la reina y el primogénito. Con esto, se intentaba evitar el reconocimiento de cualquier derecho de los hijos de María, Rodolfo y Matías, como posibles candidatos al trono español. Hay que recordar que, en esos momentos, el príncipe Fernando había fallecido hacía tres años y el infante Diego Félix se estaba recuperando de una enfermedad, por lo que había que asegurar la posición del frágil príncipe y, asimismo, la del infante Felipe. Es, pues, importante advertir que en estos momentos en que el rey estaba desarrollando una política ceremonial más agresiva en cuanto a pompa y esplendor para fomentar el prestigio de la monarquía, a su vez, su prudencia le hace actuar de manera más cuidadosa y meticulosa con algunos instrumentos y rituales ceremoniales que podían conllevar una pérdida de soberanía de su propia persona.

La visita de la emperatriz obligaba a todas las instituciones políticas de la ciudad a emplearse a fondo en los preparativos, sin embargo, fueron varios los problemas surgidos, sobre todo entre el virrey, duque de Terranova y los concellers. Durante los días en que se trabajaba para poder abastecer bien la ciudad para la llegada de la Emperatriz, surgió un conflicto entre el virrey –el napolitano duque de Terranova– y los *consellers* a consecuencia del aprovisionamiento de las galeras y la fábrica del puente ceremonial para la Emperatriz. El virrey exigió el abastecimiento de las galeras a lo que le contestaron estos últimos que ellos «tenien obligatio de provehir la Ciutat y que les galeres se podrien provehir fora de Barcelona»⁵. En-

⁴ Así, el rey escribía a sus hijas el 20 de noviembre de 1581: «Yo creo que mi hermana no se embarcaría cuando escribieron de Génova, mas espero que presto sabremos que es desembarcada, porque hace ahora muy buen tiempo para venir y os tengo mucha envidia a que lo sabréis primero que yo...». Cinco días más tarde volvía a escribirles: «y dírame mucho cuidado si no supiera ya que era llegada mi hermana, aunque no por carta suya; ni la he tenido hasta esta noche que ha poco que recibí una suya de Colibre, de otro día después que se desembarcó; y creo que se quiere venir desde allí por tierra hasta Barcelona, aunque es muy ruin camino, por no volverse a embarcar; y diz que vino mareada, que tuvo gran tormenta la noche antes que llegó, de manera que tuvieron peligro algunas galeras; pero ya estaba sin él. Ya creo que lo sabréis allá todo esto y Dios os guarde y os dé a todos tan buenas pascuas como os las deseo». Ya el 15 de enero, y tras haber llegado a Barcelona el rey todavía mostraba su preocupación por no tener noticias de su hermana: «Estoy espantado de no saberse nada de mi hermana y aun con mucho cuidado, porque desde otro día que se desembarcó no he sabido nada de ella y no sé qué pueda ser. No puedo creer sino que se ha ahogado algún correo», en BOUZA ALVAREZ, 1998: 63-64.

⁵ «Tenían obligación de proveer a la ciudad y que las galeras se podrían proveer fuera de Barcelona».

tonces, el 11 de septiembre, decidió el virrey secuestrar el trigo de las diversas plazas y ordenó a sus oficiales que lo llevaran a las atarazanas. Las protestas de la población, claro está, no se hicieron esperar y se dirigieron a los consellers para denunciar la acción de los oficiales reales. El virrey comunicó a la ciudad su descontento por los preparatorios que se estaban realizando para el recibimiento de la Emperatriz y por la poca cantidad de cereal que habían dejado para las galeras (200 cuarteras). Finalmente, el virrey accedió a devolver la parte de trigo secuestrada a los particulares pero otra parte la reservaba para las galeras para poderlas proveer porque se morían de hambre. Pero no pareció suficiente esto a la ciudad y los mismos *consellers* fueron a visitar al virrey y denunciaron el secuestro no solo del trigo sino también de otras provisiones como son: leña, carbón, volatería y demás cosas. Y es que, la proximidad del invierno obligaba a hacer este tipo de aprovisionamientos. El virrey se excusó que él no tenía intención de agraviar a la ciudad y solo intentaba abastecer las galeras y que la ciudad estuviera provista de de vituallas para la visita de la Emperatriz. Pero los *consellers* contestaron que nunca el aprovisionamiento para una visita real se había extraído de las plazas y que el de las galeras se acostumbraba a hacer en Tarragona u otros lugares. Pero, los *consellers* también le informaron de que los virreyes siempre acostumbraban a proveer su Casa fuera de Barcelona –como ya apuntó Joan Reglà⁶– y no como se estaba haciendo en ese momento en que los oficiales reales iban «secrestant per les viles y lochs totes les gallines polles y altra volatería y prenent la poca que ve a la plassa en manera que los malalts y poblats no troben una polla per ses necessitats ni tampoch lenya ni carbo». Por este motivo, los consellers pidieron a Terranova que hiciera lo mismo. Finalmente, el duque actuó con sentido común y queriendo evitar cualquier conflicto con la ciudad, a la que mostró su intención de servir en todo momento, accedió a devolver todo el cereal secuestrado⁷.

En cuanto al puente por donde debía desembarcar la emperatriz. El virrey quería que se construyese enfrente de su palacio a lo que se negaron los concelleres que querían hacerlo ante el edificio de la Lonja, como era costumbre y como finalmente se hizo tras varias negociaciones entre ambas partes. Los concelleres mandaron construir un gran y suntuoso puente lo más dentro del agua posible, pero el puente construido por la ciudad no cumplía las expectativas del virrey que mostró su desacuerdo con el mismo ya que no era digno de una emperatriz. Se mandó derribar el puente y hacer uno nuevo –aunque un temporal acabó con el puente antes de derribarlo– para el que se compraron nuevos

⁶ REGLÀ CAMPISTOL, 1980: 38.

⁷ «Secuestrando por las villas y lugares todas las gallinas pollas y otra volatería y cogiendo la poca que viene a la plaza de manera que los enfermos y poblados no encuentran una polla para sus necesidades ni tampoco leña ni carbón», en DACB, vol. V: 284-290, 10, 11 y 12 de septiembre de 1581.

paños y telas de gran calidad y se encargaron pinturas e imágenes; aunque, finalmente, la emperatriz desembarcó en Coplliure y llegó por tierra a Barcelona por lo que no se utilizó.

Otro conflicto surgió en torno al aposento. Felipe II había mandado al obispo de Cuenca y electo arzobispo de Sevilla, Rodrigo de Castro y Osorio, hijo de los condes de Lemos, a que fuera a Barcelona a recoger a la emperatriz a la ciudad condal y la acompañase hasta la corte. La ciudad comunicó al aposentador mayor del rey que aceptaba aposentar a la emperatriz pero no al obispo y su séquito ya esto no se contemplaba en las costumbres de la ciudad y no aceptaron los ruegos del virrey para que le aposentaran por ser de la calidad que era y por ser enviado del rey. Este problema se une a los anteriores por el avituallamiento del séquito de la emperatriz y el puente para recibirla; por lo que hay que ver en estos conflictos organizativos una lucha de poderes entre el virrey y el consistorio barcelonés. Estos desacuerdos culminarán durante la ceremonia del recibimiento y entrada de la emperatriz en la ciudad. El duque, desconocedor de las prácticas de la ciudad, había escrito al rey acerca del lugar que debía ocupar el obispo de Cuenca en el recibimiento de la emperatriz, a lo que le contestó que siguiera el ceremonial de la ciudad. Terranova quería ubicar al obispo a su mano derecha y, de este modo la emperatriz tendría a su mano izquierda al *conseller en cap* y al virrey a mano derecha que a su vez tendría justo a su lado al obispo. También quería ubicar al mayordomo mayor de la reina, Juan de Borja, junto al segundo conceller:

«Jo he scritto a su Magestad a cerca del recibimiento de la serenissima Emperatriz, que orden havia de tener en dar lugar al arçobispo de Sivilla que por ser de la dignidad y qualidad que es me parecia ponerle siendo dello servido su Magestad a mi mano drecha, a saber es el Conseller en Cap a la mano squierda de la serenissima Emperatriz y jo a su mano drecha y a mi mano drecha el dicho Arçobispo. Su Magestad me ha respondido que siga el orden que se suele tener ha semejantes recibimientos en esta Ciudad y ansi me pareceria que podria hir el arçobispo, pues adonde jo pretendia no tenia llugar a la mano drecha del conseller segundo y a su mano drecha don Juan de Borja maiordomo maior de la serenissima Emperatriz quedando el dicho arçobispo en medio, csa que me paresse a mi es facil y se puede y debe y suele hazer según me ha dicho el Baron de Herill».

El Concell de Cent, tras estudiar el caso, decidió y comunicó al virrey que ni el arzobispo ni Juan de Borja podían ir en ese lugar porque entre los *consellers* no puede situarse nadie. Este, sorprendido por la decisión de la ciudad y que personas tan ilustres no pudiesen graduarse cerca de la emperatriz pidió, de nuevo, al *conseller en cap* que lo volviesen a tratar y consultasen al barón de Erill que él sabía las razones por las que se podían graduar. Tras deliberación, se comunicó al virrey que la ciudad no podía acceder a su petición y que nadie, ni siquiera él mismo, tenía derecho a situarse a mano derecha de la emperatriz

«per quant com la Ciutat fa la serimonia de la entrada acostuma de donar lo millor loch a la persona rebuda que es la ma dreta del Conseller en cap perço que la Ciutat te per serimonia que lo millor loch son los extrens, y posantse altra persona a la ma dreta, estave la persona rebuda en lo mes dolent loch y que asso no se suffria nis suffriria a ninguna persona ni may ses fet sino en temps del Excellent Duch de Francavila lochtinent general, lo qual de sa propria auctoritat se prengue dit loch y per esser lochtinent general no se li havia pogut fer lo obstacle y contraris que ab altres se fora fet»⁸.

Tras este último argumento, el virrey lamentó que no se pudiera graduar a ambos ilustres hombres y expresó su voluntad de respetar las ceremonias de la ciudad. Pero las palabras del duque cayeron en saco roto porque el día del recibimiento de la emperatriz –6 de enero de 1582– el virrey Terranova se colocó a la derecha de la ilustre huésped y entre las filas del segundo *conseller* y el tercero se colaron tanto el mayordomo Borja como el arzobispo de Sevilla. Los *consellers* y prohombres, claro está, se sintieron agraviados ya que ellos representaban todo un cuerpo y entre ellos nadie podía ubicarse como ya le habían comunicado y se negaron a caminar, a lo que el virrey les importunó con las palabras «Caminen señores» y, ante las protestas de estos, el virrey comenzó a pasar por el medio de las filas de los *consellers* y prohombres rompiéndolas y pronunciando con vehemencia las palabras «Caminen señores, vagen adelante». Para no disgustar a la emperatriz, a los *consellers* no les quedó otro remedio que reemprender la marcha hacia la ciudad, muy a su pesar.

A la mañana siguiente, enviaron al virrey dos embajadores para pedirle que pusiese remedio al agravio que se había cometido contra la ciudad por parte del arzobispo y del mayordomo, pero el duque afirmó que no se había cometido agravio alguno ya que tenía entendido que los *consellers* debían llevar a un prohombre por cada uno de ellos y no a veinte o treinta prohombres cada uno como habían llevado. Se entregó al virrey un memorial en el que se anotaba la manera en que la ciudad debía ser desagraviada. El memorial tampoco fue de su agrado y añadió: «aquí hay algunas palabras que no me paressen deven estar», aunque luego dijo que lo estudiaría con el Real Consejo⁹. Todavía el primero de mayo de ese mismo año, el virrey llamó a los *consellers* a su palacio donde les comunicó que, según

⁸ «Por quanto como la Ciudad hace la ceremonia de la entrada acostumbra a dar el mejor lugar a la persona recibida que es la mano derecha del *Conseller en cap* por esto que la Ciudad tiene por ceremonia que el mejor lugar son los extremos, y poniéndose otra persona a mano derecha, estaba la persona recibida en el peor lugar y que esto no se sufría ni se sufriría a ninguna persona ni nunca se ha hecho sino en tiempos del Excelente Duque de Francavila lugarteniente general, que de su propia autoridad se hizo con dicho lugar y por ser lugarteniente general no se le había podido hacer obstáculo y contrarios que con otros se habría hecho».

⁹ Dicho memorial inserto en *Dietari de l'Antic Consell Barceloní*, vol. V: 519, era el siguiente: «Que por relacion que aher tuve de las scripturas de la casa de la Ciudad quiero que por lo que hizieron por mi

tenía escrito del rey, el arzobispo de Sevilla había quedado muy descontento de la ciudad y de su persona. Pero el rey decidió zanjar la cuestión y escribió a la ciudad mostrando palabras de agradecimiento por el recibimiento con que se agasajó a su hermana:

«Amados y fieles nuestros, aun que el Ille. Duque de Terranova lugarteniente y capitan general nos ha scrito con quanta voluntad y complimiento hesistes lo que tocava a vuestro dever acerca el recibimiento de la serenissima Emperatriz nuestra muy chara y amada hermana, lo qual hos tenemos en accepto servicio, todavia nos ha significado el sentimiento que os quedo de que el arçobispo de Sivilla y don Joan de Borja maiordomo maior de la dicha mi hermana huviessen tomado llugar entre el segundo y tercer conceller, y pues sto no se hizo con orden nuestra ni del dicho nuestro llugarteniente general ni es de creher que los sobrdichos pretendieron agraviaros, ni es de nuestra intencion que por ste caso impensado os parasse periuzyio en lo que os puede tocar, como mas en particular lo entendereys del dicho nuestro lugarteniente general, encargamos os mucho que dando la entera fe y crehensa os aquietey y no nos embieys embaxada ni agays alguna novedad sobre ello, y si stuviere ya en camino lo revoqueys pues concurriendo las causas que dicho es y stando yo aquí tan ocupado es justo que la scuseys y no hagays gastos por cosas desta qualidad, que alende que en cumplirlo assi hareys lo que conviene, recibiremos en ello muy accepto servicio. Data en Lisboa a XXVIII de Henero MDLXXXII. YO EL REY»¹⁰.

Tras algunas conversaciones entre el virrey y la ciudad para reparar el agravio, la situación regresó a la calma. Pero, en este suceso se ha podido comprobar hasta que límites de confrontación se podía llegar por las precedencias en las ceremonias. El enfrentamiento entre el virrey y los *consellers* pudo llegar a la ruptura de relaciones entre ambas instituciones si los últimos no hubieran decidido reemprender la marcha ante la acción, fuertemente cargada de simbolismo, del virrey pasando por las diversas hileras de *consellers* y prohombres rompiendo, de esta manera, la unidad corporal de esta institución y ordenándoles que caminasen. También es de destacar en este suceso la actitud del barón de Erill, totalmente favorable a la postura del virrey Terranova, como informador de este de las prácticas de la ciudad, aun siendo él miembro del estamento militar y, por lo tanto, no un concedor de primera mano del ceremonial propio de los *consellers*.

orden el arçobispo de Sivilla y don Joan de Borja maiordomo maior de la serenissima Emperatriz, en ponerse el día del recibimiento de la Magestad de la Emperatriz entre las hyleras de los conseieros y prohomens que con ellos hyvan agraduados, no se ha hecho en perhuizio de las prehemientias y serimonias de la Ciudad como en semejantes recibimientos no se pueda hazer, y que tal hecho no puede ser sacado en consecuencia y por esso doy este descargo y satisfaccion».

¹⁰ DACB, vol. V: 324 y 325.

MARÍA DE HUNGRÍA (1630)

El matrimonio de María de Hungría era una cuestión de suma importancia para la monarquía. Durante la década de los 20 del siglo XVII, se barajó la posibilidad de casar a María con el príncipe de Gales, Carlos que incluso viajó a la península de incógnito para conocerla. Esto generó un gran debate con partidarios y detractores de este enlace debido a la condición religiosa del príncipe inglés que era protestante. Tras una larga espera por parte del príncipe de Gales, finalmente se desechó esta posibilidad y éste regresó a Inglaterra con gran resquemor hacia España debido al sentimiento que tenía de haber sido manipulado tanto por Felipe IV como por el conde-duque de Olivares. Entonces, se prometió a la hija menor de Felipe III al rey de Bohemia y Hungría, Fernando. El retraso del viaje de la infanta, por falta de liquidez, estaba impacientando al emperador que reclamaba, insistentemente, su presencia en Viena mediante su embajador en la corte, conde de Franquenburgo. Finalmente, la corte partió de Madrid a finales de diciembre de 1629, tras una emotiva ceremonia en Nuestra Señora de Atocha, donde el cronista explica el desconsuelo que sentían, tanto Felipe como Fernando, por despedirse de su querida hermana. La melancolía de la reina de Hungría era tal que incluso Felipe mandó que una compañía de teatro acompañara durante todo su viaje a la reina para hacerle más llevadera la partida y abandono de su hogar¹¹. En Zaragoza, el rey y su hermana fueron agasajados con grandes festejos pero Felipe no prosiguió el viaje hasta Barcelona. Las noticias sobre falta de sanidad en el Principado por los ataques de la peste retrasaron, aun más, el viaje a Barcelona que se emprendió, al fin, a últimos del mes de enero de 1630.

En cuanto al palio, se siguió el precedente marcado por la visita de la emperatriz en 1582 y, de este modo, Felipe IV no consideró necesario que ni en Zaragoza ni Barcelona se recibiera a su hermana bajo palio «lo qual es conforme a exemplares antiguos»¹². De nuevo surgieron problemas con el aposento del séquito que acompañaba a la reina. En esta ocasión, llegó el aposentador mayor del rey, don Alonso Pacheco, con el resto de aposentadores de la reina de Hungría, hermana de Felipe IV, y se comenzó a aposentar como de costumbre. Pero, cuando esta ya se encontraba en San Feliu, se decidió parar de alojar al séquito real porque la hermana

¹¹ BUB, Manuscritos 1009, *Memories del succebit des del añ 1626 fins 1631 inclusive*, BUB, Manuscrito 1009, Tomo IV: 325. *Relación Verdadera, Acompañamiento, Recamara, y Riquezas que lleva la Magestad de la Serenissima Reyna de Ungria, Titulos, Grandes, Criados, y demas gente que vienen en su servicio, Officios, y mercedes que se les ha hecho antes de partir, Riquezas y Joyas de valor que el Rey nuestro señor le ha dado a ella, como tambien para el Emperador, y Emperatriz sus cuñados. Escrita de Madrid por Pedro de Robles Criado del Rey nuestro Señor que Dios guarde: «Está tan atento el Rey a las cosas q pueden divertir a su Alteza de su melancolía, q ha mandado vaya siguiéndola una compañía de representantes».*

¹² *Consulta del Consejo de Aragón*, ACA, Consejo de Aragón, legajo 1350, exp. 47/7.

del rey no tenía derecho a aposento e iba contra las constituciones ya que en el capítulo número 15 de las cortes celebradas por la reina María en 1422 se establecía que el aposento solo fuese para el rey, la reina, el primogénito y sus criados; por lo tanto la hermana del rey no tenía ese privilegio. Se decidió entonces no desalojar a los que ya estaban aposentados porque eran muchos, pero el resto de los que quedaban por aposentar lo tuvieron que hacer por su cuenta¹³. Se agrandaba, así, la herida que entre Barcelona y el monarca se había abierto en estos turbulentos años ya que se le denegaba aposento incluso a la misma hermana del soberano. Sin embargo, finalmente la reina fue aposentada en el palacio de los Cardona, donde ya Felipe IV se había alojado en 1626.

Además, el virrey duque de Feria comunicó a los *consellers* su voluntad de salir a recibir y situarse a mano derecha de la reina María de Hungría o que dejasen que en su lugar se pusiese el duque de Alba, encargado de acompañar a la reina María de Hungría hasta Viena. El Concell de Cent denegó al virrey esta posibilidad y el duque de Feria decidió colocarse él mismo a mano derecha de la reina y que el duque de Alba, el arzobispo de Sevilla y el embajador del emperador se situasen delante del quinto *conseller* –yendo el duque entre ambos¹⁴. Asimismo, Jeroni Pujades anotó en su dietario que los *consellers* mandaron avisar a la reina que si pensaba llevar a su lado al duque de Alba o al arzobispo de Sevilla no saldrían a recibirla «perquè no volien donar presedència al Virey» y solo la visitarían en su posada¹⁵. Juan de Palafox –futuro obispo de Puebla–, que acompañó a la reina en su viaje como su capellán mayor que era, también recoge este asunto en su diario que de este viaje hizo:

«Viernes à 8 oyd S. M. Missa en S.n Felice y se partiò a medio dia para ser recibida en Barcelona, aun q[ue] no estaban bien ajustados los lugares delos q[ue] havian de intervenir en el acompañam[en]to, y assi embiò el Duque de Alva a Dn. fadrique Enriq, tres, ô, quatro veces por la Posta, es prolijo lo ritual de los acompañam[en]tos de esta Ciu[da]d y assi esta escrito en los libros de su archivo indispensable, precede el Virrey al Conseller en Cap, pero delante de entrambos no puede haver sino es los Jurados, y entre estos nadie. Acompañaban a S.M. al lado de su litera el Virrey, y Conseller al lado de su Persona con lo q[ue] venia a quedar excluido el Duque de Alva delante delos Jurados no decentem.te y no con mas dignidad detras dela Litera, decia el Duque de Feria q[ue] el daria su lugar al de Alva a q[ui]e[n] parece q[ue] tocaba la presidencia por venir acompañando ala Reyna en puesto tan superior pero a mas de q[ue] se dudava si el Virrey podia renunciar lo q[ue] no le tocaba por su persona, sino por su dignidad, replicaba el Conseller q[ue] los ejemplares pasados, y preheminiencias de Barcelona solo del Virrey de aquel principado, y no de otro

¹³ DACB, vol. X, 6 de febrero de 1630.

¹⁴ *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, Edición de DURAN I SANPERE y SANABRE, vol. II: 176-177.

¹⁵ «Porque no querían dar precedencia al virrey», en Pujades, Jeroni, vol. IV: 225.

algún S[er]ior en semejantes actos; decíase que el de Alba fuese al lado izquierdo de la Reyna el Virrey al derecho, y delante del Virrey el Conseller, pues de esta dignidad siempre es precedido, respondiase por Barcelona q[ue] de esta suerte el Conseller venía à ser tercero, q[ue] nunca era precedido sino es de uno. En estas dificultades se tubò alguna parte del dia hasta q[ue] la bizzarria y bondad del Duque de Alba se allanò diciendo q[ue] siempre precediera un señor de su sangre, y grandeza en qualquier puesto que fuese à los q[ue] hubiese de preceder, y assi determinò ir delante de los de la misma Ciudad.

Estaba el Arzobispo de Sevilla con la Cruz cubierta sin entera noticia de esto creiendo q[ue] el de Alba, y el havian de ir al lado de la Reyna, pidiò al Capellan m[ayor], q[ue] se pasase à su coche, el qual hablando de la materia le advirtiò de las diferencias q[ue] intervenian, y q[ue] no se pusiese al lado de la Reyna como le queria hacer sin tomar noticia primero del duque de Alba por q[ue] no sucediese algun desaire con el Conseller, reusabalo el Arzobispo pero al fin embiò un recado al Duque quien le respondiò q[ue] le aguardase en aquel puesto, y le daría aviso de lo q[ue] havia resuelto, llegaron en un mismo Coche los Duques de Alba, y de Feria al del Arzobispo y apeandose los tres se pusieron a Cavallo el de Feria se pusò a la Littera de la Reyna el de Alba y el Arzobispo se adelantaron algo pero sin desabrigar el acompañam[en]to.¹⁶

Como se puede comprobar, Palafox, muy crítico en su diario con los *consellers*, alaba el buen juicio del duque de Alba que accedió a sus peticiones y entró en la ciudad delante de ellos, como antes se ha anotado, entre el arzobispo de Sevilla y el embajador alemán, conde de Franquenburg. Asimismo, hace una dura crítica del ceremonial de los gobernantes barceloneses: «antes los títulos del Reyno precedían à los Consellers, ya preceden a los títulos y al mismo Reyno» y, así, aconsejaba que les fuera quitada la autoridad para retornar la libertad a la ciudad. Pero, durante el recibimiento, todavía vieron los *consellers* la presencia inadecuada entre ellos del conde de Barajas, mayordomo mayor de la reina, así que informaron al virrey del hecho y éste se vio obligado a advertir al conde que pasase adelante, como finalmente hizo. Este recibimiento se tuvo presente años más tarde, en 1665, cuando el Consejo de Aragón deliberaba acerca de la conveniencia de graduar al duque de Alburquerque –designado para acompañar a la infanta Margarita Teresa a Alemania– y al cardenal Colonna. Se estudió lo sucedido con el duque de Alba y se tomó la decisión de no vulnerar las preeminencias de la ciudad en la que todavía resonaban los ecos de la guerra y no convenía agraviarla en materias de ceremonial. Por lo tanto, se decidió que el cardenal Colonna no saliese a recibir a la princesa y que el duque fuera en el mismo lugar que ocupó el duque de Alba en 1630¹⁷.

¹⁶ PALAFOX Y MENDOZA, *Diario de la Jornada que hizo la Serenissima Reina de Hungría*, en BNM, Manuscrito 8176.

¹⁷ ACA, *Consejo de Aragón*, legajo 1350, exp. 67/40.

Todavía un día antes de su arribo a la ciudad, éstos convocaron a varios ciudadanos y caballeros para que les aconsejaran sobre cómo debían recibir a la reina, si la debían tratar de Majestad y se le debían besar la mano. El Concell de Cent pidió al embajador que habían enviado a Sant Feliu a dar la bienvenida a la reina que relatara cómo lo había hecho y este afirmó que había realizado el besamanos. Finalmente, se decidió que salieran a recibirla y le besaran la mano «com se troba axi usat besar la ma a Infantes de Espanya» y sea tratada de Majestad, a pesar de que cómo infanta se le debería tratar de Alteza¹⁸. Y de este modo, fue recibida por los tribunales de la ciudad (virrey, Iglesia, diputados y *consellers*) con besamanos y tratada de Majestad como obligaba por ser hermana del rey.

Apunta en su dietario el curtidor Miquel Parets que lo primero que hizo María de Hungría cuando entró en el palacio del duque de Cardona, donde se alojó, fue dirigirse rápidamente hacia una galería construida para la visita anterior de Felipe IV en 1626, desde donde pudo contemplar el mar y admirar las salvas de artillería que ocho galeras le dedicaban, salvas que eran respondidas por cuatro compañías de arcabuceros¹⁹. La estancia de la reina de Hungría en Barcelona fue larga, presencié en ella los famosos carnavales, durante los cuales cuenta una relación que la ciudad estuvo «hecha una bien fingida Troya...con tanto concurso de gente, en trajes y posturas graciosissimas, con tantos bailes y grita, y alborozo y contento, aun mas alla de la media noche con tan agradable confusión que parecía que el amor y desseos de servir a su Magestad havia buelta loca la Ciudad»²⁰. El capellán Palafox mostró en su diario una opinión nada favorable a ellos: «Los tres dias sig[uien]tes se ejercitaron en el alegre regocijo delos Vecinos de Barcelona en sus Carnestolendas, andando por la Ciud. saltando, y bailando hombres, y Mugerres con grande desembarazo, y llaneza hechas Mascaras, permitido quanto se dice tolerado quando se hace en nacion tan vengativa, y cruel mal sufrida y velicosa, poseida entonces del sufor y bacanal estruendo de este inquieto regocijo». Como se puede comprobar aprovechó, de nuevo, la ocasión para hacer una crítica a los ca-

¹⁸ «Como se encuentra así usado besar la mano a infantes de España», en ACHB,, 7 de febrero de 1630: 66.

¹⁹ PARETS, Miquel, *De molts successos que han succeït dins Barcelona i molts altres llocs de Catalunya dignes de memòria*, en BUB, Manuscrito 224: 28. Juan de Palafox también recoge este hecho en su DIARIO de la Jornada que hizo la Serma. Reyna de Ungria escrito por don Juan de Palafox su Capellán maior en aquella ocasión: «Con este orden llegò a Palacio Casa del Duque de Cardona en la plaza de Sn. Franco. tiene pasadizo a la mar, y tribuna a Sn. Franco. y entrando en ella pasò derechamte. con las Damas à ver la Mar por el pasadizo. Aguardabanla derechamente ocho galeras, seis de España, una de Sicilia y otra de Genova echas esquadras a los ojos del pasadizo, vistas de flamulas, y gallardetes, hicieron salva con la artilleria como tambien la Çiudad quando S.M. fue entrando por ellas», en BNM, Manuscrito 8176: 22. y en Real Academia de la Historia, *Colección Salazar y Castro*, K-13 (aunque en el catálogo de la colección se refiere al diario como anónimo es, en verdad, el diario de Juan de Palafox).

²⁰ SEUGON, Rafael, *El Magestuoso Recebimiento, y Famosas Fiestas que la insigne Ciudad de Barcelona se han hecho a la Magestad de la Serenissima Reyna de Ungria doña Maria de Austria, que Dios guarde. Por Rafael Seugon. Copia primera*. Impresa por Esteban Liberós, 1630.

talanes. Además, la reina visitó todos los conventos y monasterios de la ciudad y durante la Semana Santa protagonizó la ceremonia del lavatorio de los pies de los 12 pobres, tal como hiciera su hermano cuatro años antes y que fue una de los rituales más practicados por los reyes europeos en lo que significaba una asimilación de su persona con la de Jesucristo.

Posteriormente, la reina pidió una ayuda para el viaje a la ciudad y ésta le concedió 12.000 ll; pero, entonces, sucedió un inoportuno suceso que enturbió la visita de la reina. Los *consellers* habían encargado fabricar un cofre con gran lujo donde entregarían el dinero prometido a la reina, pero cuando fueron a entregárselo, su mayordomo mayor, el conde de Barajas les negó la posibilidad de entregarlo cubiertos ante la reina, lo que causó la indignación de los *consellers* que, ni siquiera, le entregaron el dinero en persona. Finalmente, el 11 de junio, embarcó con destino Marsella, sin que los concellers fueran a despedirla por el contencioso de la cobertura. Además, escribieron al rey informándole del buen trato que habían tenido con la reina de Hungría y su séquito «procurando en algunas cosas más de lo que se podía hacer» por ser persona real y su hermana pero que había tenido la ciudad poca suerte con dichas diligencias ya que no querían nuevas mercedes sino conservar las que ya poseían de antaño como el derecho de la cobertura.

MARGARITA TERESA DE AUSTRIA

La última de las infantas que se analiza en este estudio es Margarita Teresa, que había sido ya prometida por Felipe IV al emperador Leopoldo I; sin embargo, su matrimonio y viaje se habían retrasado con lamuerte del monarca español. Pero el viaje ya no se podía demorar más y, a finales de enero de 1666, Mariana de Austria, la reina regente, avisó a los *consellers* de Barcelona de la jornada de la emperatriz y de su paso por la ciudad condal para embarcarse con destino Viena. Pero, de nuevo, el viaje se retrasó un tiempo debido a la delicada salud de Margarita Teresa. Finalmente, ya a mediados de julio de 1666, la infanta se encontraba en Denia, enferma de tercianas y, tras su recuperación, pudo proseguir su viaje y desembarcar en Barcelona el 18 de ese mismo mes.

La llegada a Barcelona de la hermana de Carlos II generó una complicación añadida para la ciudad de Barcelona a la hora de preparar su recibimiento. Esta llegaba en condición de emperatriz ya que iba a casar con el emperador Leopoldo. Exceptuando la presencia en el Principado de don Juan José de Austria, hermano del rey, por la Guerra dels Segadors, la llegada de Margarita era el primer recibimiento de consideración que los autoridades barcelonesas afrontaban desde hacía casi treinta años y tras pasar esta dura guerra, que supuso la ruptura de Cataluña con una monarquía que ahora les escribía anunciando la llegada de un miembro de la familia real. En primer lugar, vemos una actitud del Concell de cent de cierta prudencia en el hecho de que facultan a los *consellers* para que

respondan a la reina Mariana de Austria «fent[li] la deguda estimatio de la merce y honrra es estada servida fer a esta ciutat en ferli entendre la venguda de dita serenissima infanta»²¹.

Había una falta de testimonios de anteriores visitas reales a causa de la cantidad de años pasados –más de treinta desde la última visita real–, la menor esperanza de vida en los años modernos y la larga guerra de doce años (1640-1652) que enfrentó al Cataluña con Felipe IV y que mermó el número de miembros de la élite ciudadana. La gran dificultad que albergaba el recibimiento era el hecho de que Margarita Teresa se iba a casar con el emperador y, por lo tanto, llegaba en calidad de emperatriz y no de reina de Hungría como pasó en anteriores veces con la hermana de Felipe II en 1551 y la hermana de Felipe IV, en 1630. Así, la reina regente comunica al Consejo de Aragón que debe informar a la ciudad de Barcelona sobre la etiqueta a observar durante la visita ya que no se dispone, en dicha ciudad, de ejemplares de entrada de emperatriz²² y, para ello, la reina mandó que, entre otras relaciones, se le enviase la relación del viaje de María de Hungría en 1629 escrita por el obispo Palafox²³. Estos factores provocaron un mayor desconocimiento –y cierto desconcierto– en el ceremonial a aplicar, tanto por la misma ciudad, como podemos ver en las órdenes dadas por los *consellers* a la comisión encargada de buscar los ejemplares: «y tambe procuren tenir inteligentias del que se va disposant y obrant per les parts ahont aura de pasar dita serenissima infanta», como también por parte del virrey don Vicente Gonzaga que escribió a la reina para saber la manera de actuar y solicitar qué se hacía en las otras capitales de la Corona de Aragón. Este hecho también influyó en el retraso del viaje de la emperatriz porque la reina aguardó la llegada de los memoriales sobre recibimientos reales enviados por Zaragoza y Valencia para poder, de este modo, ordenar el recibimiento que se debía hacer a Margarita Teresa.

Fue mientras se preparaba el viaje a Viena de la infanta Margarita Teresa cuando la cuestión del palio adquirió, de nuevo, cierta notoriedad. El virrey don Vicente Gonzaga escribió al secretario de la reina Luis de Oyanguren informándole de la necesidad que tenía de que la reina «me mande advertir si la han de rezivir con palio o no porque si la han de rezivir con palio necesitan los concellers de prevenirse de los ropones acostumbrados para esta función de hazer el Palio y otras prevenciones tocantes a la çeremonia»²⁴. La reina pidió al Consejo de Aragón que

²¹ «Haciéndole la debida estimación de la merced y honra que había servido hacer a esta ciudad en hacerle entender la venida de la sicha serenísima infanta», en *Dietari de l'Antic Consell Barceloní*, vol. XVII: 412, 12 de febrero de 1666.

²² ACA, *Consejo de Aragón*, legajo 1350, exp. 67/1, 21 de mayo de 1665.

²³ ACA, *Consejo de Aragón*, legajo 1350, exp. 67/2, 26 de junio de 1665.

²⁴ ACA, *Consejo de Aragón*, legajo 1350, exp. 67/6.

le enviase su parecer acerca de esta cuestión, a la que este respondió, tras estudiar ejemplares anteriores como los de la reina Isabel de Castilla (1481), la emperatriz Isabel (1533), la emperatriz María (1582) y María de Hungría (1630), que

«aunque por hija de V[uestra] Mag[esta]d y Emperatriz es digna de todas las mayores demostraciones de obsequio que se puedan. Pero parece al Conso que esto es bien que se escusse».

El principal motivo que alegó el Consejo de Aragón era que el palio debía estar reservado exclusivamente para el rey ya que era «insignia de la suprema y soberana Justit[iccion] y potestad dentro de sus Reynos». Con esto, el Consejo confirmaba los temores de Felipe II ante esta importante arma ceremonial como así lo recoge este memorial que recuerda como el rey prudente no quiso que su hermana la emperatriz María fuera recibida bajo palio en Barcelona en 1582. También argumentó el Consejo que únicamente la emperatriz podría ser recibida con palio en Milán –fuedo del emperador y, por lo tanto, donde la emperatriz si poseía la jurisdicción– o «en otras partes que dependan del Imperio», pero que en España era justo y aconsejable que siempre «se haga algo menos con los emperadores de lo que se haçe con los SSres Reyes sus dueños soberanos». Por último, se aconsejaba en el memorial no hacer distinción entre el recibimiento que se le hizo a la reina de Hungría y el que se haría a la emperatriz por pertenecer ambas a la Casa Real. Finalmente, se optó por que entrase en litera como había hecho María de Hungría en 1630. La litera era más apropiada porque otorgaba a la infanta la dignidad debida como persona de sangre real que era, pero no significaba reconocimiento alguno de soberanía en la joven emperatriz ya que no poseía la carga ritual y simbólica del palio. Esta cuestión del palio reflejaba las tensiones habituales que surgieron entre las dos ramas de la dinastía Habsburgo desde su escisión a raíz de la toma de posesión del trono imperial por el hermano del emperador Carlos V, Fernando I.

Otra duda surgió en torno a la cobertura de los jurados de estas dos ciudades cuando saliesen a recibir a la emperatriz y entrasen en la ciudad.

«No se duda q[ue] no se han de cubrir q[uan]do vayan a b[esar].l[a].m[ano]. a la Sra Emperatriz a su possada en ninguna parte en su Çesarea presencia, Porque aun q[uan]do la ciudad de B[a]rna lo pretendió que fue q[uan]do el año de 1630 fueron a b.l.m. a la sra Reyna de Hungría, no se cubrieron, lo qual consta de q[ue] estando escrita en la Ciud la disputa no se escribió que se cubrieron y porq[ue] se ha entendido por otras relaciones de personas que se hallaron p[re]ntes en aquella ocasión. Lo que se duda es quando van a cavallo en la entrada publica... Pero no siendo assentada la costumbre de cubrirse en estos actos es de parezer del cons[e]jo que se podrían cubrir mientras anden fuera de los muros de las ciudades, pero q[ue] dentro dellas han de ir descubiertos, q[ue] seria convente que en Barna viessen executoriada esta excepción los del Pueblo, y les hiciesse memoria de sus delictos, y que los Virreyes de aragon y Cathaluña se lo podrán advertir respectivamte para q[ue] desde q[ue] se comiencen á mover, y caminaren asta la puerta de las ciudades, y no mas se cubran».

Vemos como el asunto de la cobertura de las autoridades de la ciudad ante miembros de la familia real era de suma importancia y, ya en Barcelona, había causado más de un conflicto entre la monarquía y los *consellers*. En este punto, el Consejo de Aragón se muestra inflexible y no quiere permitir que los jurados y consejeros de las ciudades puedan desfilar por la ciudad, cubiertas ante la presencia de un miembro de la familia real. Sin embargo, en la capital catalana este antiguo privilegio era defendido con uñas y dientes no solo por los *consellers* sino también por el resto de habitantes de la ciudad ya que la honra y el prestigio de la ciudad estaban en juego.

El aposento de la emperatriz y de su séquito no supuso en esta ocasión ningún problema y se realizó cómodamente²⁵. Pero, sin embargo, a finales de diciembre de 1666, llegaron a Barcelona las galeras de España que trasladaban el séquito o «familia» de la Emperatriz que regresaban de Alemania adonde la habían acompañado. Entonces, el aposentador solicitó el alojamiento para el numeroso séquito durante los días que estuviesen en la ciudad; pero, como era de esperar, la ciudad se lo denegó ya que no daban aposento a ninguna persona

«sino tant quant la persona real acistia en ella, com ho feren no sols en dies pasats que dita senyora emperatris estigue en la present ciutat fins a que se fonch anada, pero encara ab la avia de dita senyora emperatris, que sia en gloria, quant pasa tambe a casar en Alemanyà ab lo senyor emeprador, pero que a la retornada quant torna la familia de dita jornada no.s trobe en dit exemplar ni altres aver donat may aposentaments, y axi ells dits consellers no.ls podien donar sense tenir altra intelgentia de dit fet»²⁶.

Aquí se planteaba el problema de los derechos a alojamiento y manutención que tenían los miembros del séquito real que, tras las jornadas de estas infantas, no permanecían en los nuevos hogares de éstas y emprendían un largo y costoso viaje de regreso. Ni siquiera las peticiones de los reyes y reinas hacían que las ciudades se hicieran cargo de los gastos de estos séquitos que debían pagarse en muchas ocasiones el viaje de regreso de su propio bolsillo, gastando para ello una gran fortuna.

El Consejo de Aragón también observó una diferencia existente entre los ceremoniales de Zaragoza y Barcelona. En la primera, los jurados se apeaban del caballo para efectuar el besamanos y luego acompañaban al huésped real hasta sus aposentos en el palacio designado para tal efecto, mientras que en Barcelona, los

²⁵ *Dietari de l'Antic Consell Barceloní*, vol. XVII: 439, 18 de julio de 1666.

²⁶ «Sino tanto que la persona real asista en ella, como lo hicieron no solo en días pasados que dicha señora emperatriz estuvo en la presente ciudad hasta que se marchó, pero todavía con la abuela de dicha señora emperatriz, que este en gloria, cuando pasó también para casar en Alemania con lo señor emperador, pero que a la vuelta cuando regresa la familia de dicha jornada no se encuentra en dicho ejemplar ni otros haber dado nunca aposentos, y así ellos dichos *consellers* no los pueden dar sin tener otra inteligencia de dicho hecho», en *Dietari de l'Antic Consell Barceloní*, vol. XVII: 468.

concelleres no descabalgaban para besar la mano real y, además, tras acompañarlo hasta el palacio donde se aposentaba, se despedían en el umbral del mismo y no entraban dentro.

«Esto parece que se havia de igualar a lo que es mayor obsequio», pero, finalmente por lo que se suelen sentir qualq[ui]er mudança y ocasionar desconsuelos, y diferencias innovar de lo q[ue] en los últimos actos se ha praticado, parece que sera lo mexor tolerarlo como asta aora á barna y dexar seguir á cada ciu[da]d los últimos exemplares de sus libros».

Es importante destacar la postura adoptada por el Consejo de Aragón en este aspecto ya que para evitar posibles conflictos con los *consellers* de Barcelona por motivos ceremoniales prefieren no igualar los dos modelos rituales como era deseable y respetar las costumbres de ambas tradiciones ceremoniales.

La emperatriz estuvo algo más de 20 días en la capital catalana en los que fue agasajada con diversos festejos que, sin embargo, no fueron excesivos debido a su delicado estado de salud. En la ciudad, la salud de la emperatriz volvió a empeorar, así que, tuvo que retrasar su viaje unos días, hasta el 10 de agosto, en que, finalmente, se embarcó con dirección a Alemania.

CONCLUSIONES

Estos tres casos responden a momentos históricos diferentes y su estudio comparativo nos revelan la situación de la monarquía hispánica en cada una de las visitas. En primer lugar, la emperatriz María que había abandonado la península en 1551 regresaba en 1582 en un momento en que el ceremonial de la monarquía, controlado directamente por Felipe II, se hace más pomposo con el objetivo de mostrar la grandeza y prestigio de la misma ante el Imperio, del que Felipe no había podido tomar posesión, y que supuso la división de las dos ramas de la dinastía Habsburgo. Pero, en Barcelona, que por estos años se convierte en puerta de la monarquía, se produjo un choque de tres tradiciones ceremoniales: la propia de la ciudad de Barcelona, defendida celosamente por los *concelleres* de la ciudad, la propia de la institución monárquica, defendida por los oficiales reales –tanto en Cataluña, como en la corte– y, finalmente, la propia del huésped que visitaba la ciudad condal. Así, el virrey y los *concelleres* pugnarán por ocupar parcelas de poder y dominar algunos aspectos del ceremonial en lo que refleja una lucha de fuerzas por hacer efectivo el dominio de uno de los dos en la ciudad.

En 1630, las cosas habían cambiado sustancialmente, la monarquía había perdido peso específico a nivel internacional y las visitas de personas reales disminuyeron considerablemente. A nivel interno, en Cataluña se vivían unos momentos de gran tensión a consecuencia de las cortes inacabadas de 1626 que enrarecieron las relaciones entre el Principado y el soberano. A este hecho, responde el celo de las autoridades barcelonesas por defender sus prerrogativas ceremoniales y privi-

legios como es el de la cobertura y que reflejaban esta tirantez entre ambos. Finalmente, tras la larga guerra que enfrentó a los catalanes con Felipe IV, la prudencia fue la característica predominante en el viaje de la emperatriz Margarita Teresa. Tanto la monarquía como el Principado actuaron con cautela ya que las ascuas de la guerra todavía estaban candentes. Así, los memoriales del Consejo de Aragón y las consultas continuas en torno a los aspectos ceremoniales se sucedieron para evitar cualquier conflicto que en materia de ceremonial pudiera surgir entre Barcelona y el séquito de la emperatriz. Por lo tanto, este estudio nos permite ver que el paso de las infantas por la ciudad de Barcelona era considerado un acontecimiento de gran importancia para la ciudad y para el Principado de Cataluña ya que eran una ocasión donde los intereses de la monarquía en materia organizativa y ceremonial podían chocar con los intereses propios de la capital catalana.

BIBLIOGRAFÍA

- AMELANG, James, *La formación de una clase dirigente: Barcelona 1490-1714*, Barcelona, Ariel, 1986.
- BOUZA ÁLVAREZ, Fernando (Ed.), *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, Akal, 1998.
- DEL RÍO BARREDO, María José, *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- DURAN I SANPERE, Agustí y SANABRE, Josep (Eds.), *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, Institució Patxot, 1930, volumen II.
- ELLIOTT, John H., «Una aristocracia provincial: la clase dirigente catalana en los siglos XVI y XVII», en Elliott, John H., *España y su mundo (1500-1700)*, 1989, Taurus, 2007.
- KOVÁCS, Lenke, «La ciutat com a escenari: les entrades reials i la festa urbana», en *Barcelona Quaderns d'Història*, n.º 9, 2003; 71-82.
- MARDSEN, C. A. «Entrées et fêtes espagnoles au XVIe siècle», en JACQUOT, J. (Ed.), *Les fêtes de la Renaissance. Fêtes et cérémonies au temps de Charles Quint*, Centre National de la Recherche Scientifique, 1956; 390-411.
- MOLAS RIBALTA, Pere, «Com es rebia un «grande» a Barcelona», en *Actes del 5è Congrés d'Història Moderna de Catalunya, Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, n.º 23, vol. II, 2003; 375-393.
- PÉREZ SAMPER, María Àngels, «Les festes reials a la Catalunya del Barroc», en *El barroc català*, Barcelona, 1989; 345-377.
- PÉREZ SAMPER, María Àngels, «La presencia del rey ausente: las visitas reales a Cataluña en la época moderna», en González Enciso, Agustín y Usunáriz Garayoa, Jesús María (Dir.) *Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*, 1999; 63-115.

- PÉREZ SAMPER, María Àngels, «Felipe II en Barcelona», en Usunáriz Garayoa, Jesús María (Ed.), *Historia y Humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, vol. I, Pamplona, 2000; 203-220.
- PÉREZ SAMPER, María Àngels, «Los reyes y sus asientos temporales en las ciudades», en *Torrelujanes*, Boletín de la real Sociedad Económica de Matritense de Amigos del País, n.º 44, 2001; 77-100.
- PÉREZ SAMPER, María Àngels, «Barcelona, Corte: Las fiestas reales en la época de los Austrias», en Lobato López, María Luisa y García García, Bernardo J. (Coords): *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Valladolid, 2003; 139-192.
- PÉREZ SAMPER, María Àngels, «Las entradas reales: ceremonia y espectáculo», en Ríos, Rosa E. y Vilaplana Sanchís, Susana (Eds): *Germana de Foix i la societat cortesana del seu temps*, Valencia, 2006.
- PREVOSTI, María, «Maria d'Hongria a Barcelona: exemple de rebuda d'un personatge reial a la Barcelona del segle XVII», en *Actes del 4 Congrés d'Història moderna de Catalunya, Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, Any XVIII, Num. 18-II, Barcelona, 1998; 169-178.
- RAVENTÓS FREIXA, Jordi, *Manifestacions musicals a Barcelona a través de la festa: les entrades reials (segles XV-XVIII)*, Girona, 2006.
- SERRA PUIG, Eva, «Poder polític: municipi, generalitat i virrei», en *Barcelona Quaderns d'Història*, n.º 9, 2003; 25-50.
- SCHWARTZ I LUNA, Frederic y CARRERAS I CANDI, Francesc (Eds.), *Dietari de l'Antic Consell Barceloní o Manual de Novells Ardits*, Ayuntamiento de Barcelona, 1892-1975, volúmenes V, X y XVII.